

P1 Signos de Esperanza

EDUARDO BONNÍN

fundador de los Cursos de
Cristiandad

Paul Josep Cordes
Eduardo Bonnín Aguiló

1. Por favor, ¿puede decirnos ante todo algo de usted y de su camino de fe? ¿En qué ambiente ha vivido y qué tipo de formación ha recibido?

Creo sinceramente que el Señor, sirviéndose de circunstancias normales y ordinarias, me ha manifestado poco a poco su voluntad a lo largo de mi vida.

Soy un providencialista convencido y veo que en mi vida no se ha realizado casi ninguno de los objetivos que me había propuesto de joven, pero el Señor me ha demostrado en muchísimas ocasiones, por no decir en todas, que tiene mejor gusto que yo, conduciéndome por otros caminos.

El ambiente en que nací y crecí tal vez sea uno de los regalos más preciosos recibidos

ocesano y una de las hermanas, hoy fallecida, era carmelita descalza en Valencia.

Mi juventud transcurrió en los años de la Guerra civil española y de la II Guerra mundial, por lo que mi servicio militar duró nueve años. Antes había hecho unos estudios normales en los Hermanos de San Juan Bautista de la Salle y en el colegio de los PP. Agustinos.

Estoy convencido de que nada influyó en mí tanto como el obstinado y siempre creciente interés por la lectura. Ya de pequeño

solía decir que prefería estar un día sin comer que un día sin leer. El dinero de que disponía siempre lo he empleado en libros.

2. ¿Qué importancia tuvo la fe en su juventud?

Muchísima, y esto porque, a mi modesto entender, la fe, cuando es cristiana, lo es porque es evangélica, y es evangélica porque es cristiana. La fe ilumina, aclara y orienta las situaciones, a veces complicadas, de la vida cotidiana hacia Dios y hacia su Iglesia.

3. ¿Cómo sentía el problema de Dios?

Nunca he llegado a pensar que Dios es un problema, sino la solución (con artículo determinado: la solución) segura, eficaz y plena de todas las dificultades que se presentan y se pueden presentar al hombre de ayer, de hoy y de siempre.

He podido experimentar que cuando una persona tiene fe, demuestra confianza, cree, se fía y confía en la realidad más impresionante y profunda y quizá más incomprensible y difícil de entender, a saber, que Dios, en Cristo, nos ama -me ama-; todo lo demás se le concede en abundancia por añadidura.

Creo sinceramente que a veces, y quizá con la mayor buena voluntad, nos equivocamos creyendo que Cristo se hizo hombre y entró en la historia para salvar al mundo; confieso humildemente que no creo que esta fuera su idea, sino que se encarnó y vino al mundo para salvar al hombre, no al mundo.

Para que el hombre fuese feliz a través de su fe en él.

Durante la vida he podido ver personas que, faltas de todo, son felices y otras que, teniéndolo todo, se mueren de aburrimiento.

Esto me ayuda en parte a comprender por qué dice el Señor que su reino no es de este mundo y por qué lo coloca donde está, donde El quiere estar, donde se encuentra más a gusto, esto es, en el espacio interior de toda persona, en su inteligencia y en su corazón, para que a través de la unión con El, mediante la gracia, pueda vencer su egoísmo, su orgullo y su ambición, y su convicción, su decisión y su constancia sean más cristianas.

En efecto estoy firmemente convencido de que, si bien el reino de Dios no es de este mundo, es el único que puede dar sentido y plenitud a los reinos de este mundo.

4. ¿Ha hecho experiencia desde joven de una intervención fuerte de Dios en su vida, significativa para el desarrollo sucesivo?

Siempre he visto traducido mi modo de pensar en esa petición que, desde el principio, hacemos al Señor en lo que llamamos «hora apostólica»: «Señor, haz que no tengamos necesidad de milagros para creer y obrar, pero haz que tengamos tanta fe que merezcamos que tú nos los hagas».

Estoy más impresionado por el silencio de Dios y su capacidad de soportación que por los milagros y las apariciones, porque la verdad en general llega siempre a través de personas que en apariencia -pero sólo en apariencia- están más lejos de la transparencia del Padre y de la frescura perenne de las bienaventuranzas.

5. El carisma de los Cursillos está muy ligado a la historia de su fundador. El movimiento nació en un preciso momento histórico, con particulares exigencias, a las cuales usted dio una respuesta. A la luz de su historia personal, ¿cuáles fueron los primeros pasos que contribuyeron al nacimiento de la experiencia del movimiento?

Leí una vez en el libro de los Profetas de Alfonso Schökel y Sicre Díaz una cita de un tal Ellermeier, que decía:

«Un fenómeno histórico puede ser captado adecuadamente sólo cuando se hace la luz sobre sus inicios».

vicio militar -soy de la quinta del 38- pude constatar que el mundo era muy diferente del concepto que yo tenía de él. En aquel ambiente eran apreciados algunos valores opuestos a los que yo había vivido en familia. Esto me hizo pensar: «Esta gente ¿es así porque siente el peso de la ley o porque ignora la doctrina?». Observando la vida de aquellas personas, me convencí de que más que por la ley estaban abrumados por la ignorancia de la doctrina.

Desde ese momento mi casi única preocupación fue la de comprender lo más posible el núcleo fundamental, esencial, de la doctrina, la cosa más importante del mensaje cristiano. Lo que de él decían los autores cristianos, aquellos que, a mi entender, lo explicaban mejor o con más claridad. Y leí a san Agustín, santa Teresa, san Juan de la Cruz...

Me interesaba también saber cómo es el hombre, el que debe recibir el mensaje, y leí, entre otros, a Dante, Cervantes, Baltasar Gracián...

Si bien las horas muertas durante el servicio militar son casi infinitas, el tiempo de que podía disponer me obligaba a dar preferencia, cuando podía leer, a aquellos libros que, a mi juicio, podían ser más eficaces, y eran los libros de los autores que estaban entonces en la cresta de la ola: Hugo y Karl Rahner, Romano Guardini, el P. Plus, el cardenal Mercier, el cardenal Suenens, Tristan Amoroso Lima; y los psicólogos Carl Rogers, Maslow...

Pero sentía entonces, y siento hoy, que lo que mejor sintetiza y resume la doctrina es el evangelio, el mensaje de Jesús, de este Cristo que ante todo es noticia para el hombre y por tanto inquietud y deseo de saber de él, y que la increíble posibilidad de ser su amigo, a través de la gracia experimentada y vivida, desvela y potencia, en lo íntimo de cada persona, lo mejor de sí misma.

Progresar en el conocimiento de Cristo y en el conocimiento del hombre como persona y por ende de su capacidad de convicción, decisión y constancia, fue mi interés primario.

Para lo primero me ayudaron muchos libros: *Vive tu vida*, de Arami; *El alma de todo apostolado*, de Chautard; *Las maravillas de la gracia*, de M. J. Scheeben.

Para lo segundo, para poder llegar a un mejor conocimiento del hombre: *Las potencias del yo*, de Lavelle; *Las grandes amistades*, de la pareja Maritain, y posteriormente *En tierra extranjera*, de Lili Álvarez.

Todo esto y, sobre todo, mi contacto con la gente me llevaron a verificar, en vivo y en directo, que cuando el mensaje del evangelio es acogido con fe personalizada, y llega a la singularidad, a la originalidad y a la creatividad de cada uno, potencia sus cualidades humanas. El hombre, a medida que su vida de gracia se hace consciente y creciente, es llevado cristológicamente -esto es, a través de la lógica que suele usar Cristo- a acrecentar su deseo de vivir y de dar gracias por el don de la vida y a experimentar la alegría que da al comunicarlo al mayor número posible.

El Movimiento de los Cursillos, por la gracia de Dios y las oraciones de muchos, nació de una viva preocupación por el hombre concreto, normal, cotidiano, el tomado de la vida de cada día y agobiado por el solo hecho de tener que vivir y poder seguir viviendo, que raras veces dispone de tiempo para pensar por qué vive y menos aún para ocuparse y preocuparse del sentido de su existencia.

Lo que queríamos al principio, y seguimos queriendo aún, es que la libertad del hombre se encuentre con el espíritu de Dios.

Todo giraba en torno a esta idea central y estábamos convencidos de que gran parte de su eficacia consistía en encontrar el modo para facilitar este feliz encuentro.

Inicialmente solo, y más tarde con algún otro, nos propusimos estudiar el lugar y el modo más adecuado para alcanzar nuestro objetivo de manera rápida, sencilla, ágil y atrayente.

En aquel tiempo, el consejo superior de los jóvenes de Acción Católica había sido invitado por su presidente nacional, Manuel Aparici, que luego se hizo sacerdote y consejero del mismo organismo superior, a convocar en Santiago de Compostela a 100.000 jóvenes dispuestos a vivir en gracia de Dios en respuesta a las afirmaciones que el papa Pío XI había hecho en la encíclica *Con viva ansia*, de 1937, sobre la situación de la Iglesia en el Reich alemán. En ella se decía que el mundo necesitaba una cristiandad que pudiera ser, con sus sólidas virtudes cristianas, ejemplo y guía.

Una delegación de jóvenes de Acción Católica fue a Roma para prometer al Santo Padre que sería España la que ofreciera aquella cristiandad que el papa deseaba.

Para esto, aprovechando las vacaciones de Navidad y de Pascua, acudían a las diversas diócesis y daban cursillos de una semana de duración; cuando los daban para las diócesis se llamaban «Adelantados de Peregrinos»; para la parroquia, en cambio, «Jefes de Peregrinos». El objetivo era interesar a los jóvenes por el ideal de la peregrinación a Santiago y, en aquellos años, se hicieron famosas las expresiones: «En Santiago, santos» e «Ir en peregrinación no sirve de nada, ir de

Cuando se dio el primero de aquellos cursillos en Mallorca, a pesar de haber sido invitado, no quise ir. Más aún, no formaba parte de la Acción Católica, y su modo de ser y de actuar no me animaba a entrar.

Cuando se dio el segundo cursillo de aquel tipo, al año siguiente, el presidente insistió mucho para que fuese, y fui. Vi en aquellos jóvenes un estilo y un modo de obrar desentendido y alegre que me convenció.

Así, algún tiempo después, cuando se celebró de nuevo en Mallorca otro cursillo como los anteriores, fui invitado a participar. Pero aquella vez se adjuntó al esquema la aportación del volumen Estudio del ambiente y otras cosas; claramente se desarrollaba en una óptica muy diversa de las precedentes.

No podía sustraerme a la preocupación de lo que sucedería tras la gran peregrinación, y con otros amigos nos preguntábamos: Y después de Santiago, ¿qué pasará? De aquellos cursillos sacamos la idea de que para que se nos escuchase, para comunicar nuestras ideas -no la de los cursillos, que, como habíamos dicho, actuaban en otro plano y tenían un fin específico diverso-, debíamos hacerlo no a base de conferencias o explicaciones, sino conviviendo con aquellos que queríamos contagiar, reunirlos en un lugar aislado y formar grupos para facilitar el diálogo y la participación de todos. Tomamos de los cursillos también el tema de algunas conversaciones, porque no podíamos inventar otras y teníamos que adecuarnos exactamente a su ritmo, pero al mismo tiempo estudiábamos cómo animarlas y agilizarlas.

7. Por tanto, se trató de la valorización de la idea de los cursos ya organizados por la Acción Católica, pero, evidentemente, con aportaciones nuevas, pues el contexto que quería afrontar era también nuevo

De una cosa estábamos seguros: estos cursillos duraban demasiado, en detrimento de la cantidad de personas a quienes comunicar el mensaje. Pensamos que tres días era la duración ideal y que, si los tres días comprendían el sábado y el domingo, la cosa era más sencilla todavía, porque era relativamente fácil obtener un día de permiso, el viernes; empezando, en efecto, el jueves por la tarde se podía reunir a un grupo de personas para el fin de semana; así el mensaje podía llegar a muchas más personas. Lo que más nos interesaba era estudiar a fondo las ideas que constituían y sintetizaban dicho mensaje, para poderlo comunicar de manera ágil, íntegra, profunda, densa y atrayente al mayor número de gente posible.

Así, pensando en ello y rezando, estudiando y volviendo a rezar fue gestado y se desarrolló nuestro Movimiento de Cursillos de

Al principio se llamaron simplemente cursillos; posteriormente, no nosotros, sino otros, para distinguirlos de los cursillos que se daban en aquellos tiempos (cursillos de los maestros de escuela, de los sargentos y de cualquier otra categoría), los llamaron Cursillos de Conquista, cosa que no agradó en absoluto a sus ideadores.

Del aire que se respiraba en aquellas reuniones nos da una idea la oración que recitábamos antes de comenzarlas o cuando la tensión de las discusiones lo aconsejaba. En aquel tiempo formaba ya parte de la Acción Católica, pero no me gustaba aquel clima de devota apatía que debíamos dar a nuestras actividades para que no resultaran inoportunas.

Nosotros nos movíamos con un ritmo y una orientación diversos, teniendo siempre presentes, más que ninguna otra cosa, a los lejanos; para evitar tensiones con la Acción Católica y no enfrentarnos con ella, sino mantenernos a los márgenes de la misma y con el deseo de mejorarla, comprendíamos que debíamos tomar las debidas distancias para poder observar las cosas desde una perspectiva distinta. A tal fin nos reuníamos para estudiar lo más fiel y profundamente posible las ideas que queríamos comunicar y las situaciones concretas de las personas a las que queríamos hacer llegar el mensaje de la manera más personal posible.

Ante todo profundizamos en grupo en el estudio del ambiente.

Yo contribuí con lo que había elaborado desde hacía mucho tiempo. Tratamos ante todo de reflexionar sobre cómo eran las personas: las catalogamos mentalmente en grupos, empezando por los cristianos coherentes, auténticos, prácticos, que piensan y obran como católicos, hasta llegar a los ateos intelectuales. Preparamos incluso fichas, siempre imaginarias, aunque sacadas de la realidad de la vida. Por ejemplo, la del «joven soldado»: «Obedece por delante porque no le queda más remedio, rezonga y murmura por detrás, porque no puede más».

En aquellas reuniones no tomaba parte ningún sacerdote, no por una voluntad explícita de excluirlos, sino porque, además de sus múltiples tareas, sentíamos que la novedad de nuestras ideas, sobre todo antes de estar plenamente estructuradas, podían turbar la mentalidad tradicional, tan apegada a un modo de obrar derivado de su ministerio.

Algunas anécdotas pintorescas de aquellos años pueden seguramente prove-

Cuando decíamos que el cursillo debía ser heterogéneo, reuniendo en la aventura a toda categoría de personas, cercanos y lejanos, ricos y pobres, inteligentes e ignorantes, «señoritos» y trabajadores, estudiantes y obreros..., nos respondían que lo que interesaba a un estudiante no podría interesarle nunca a un peón.

Nuestra posición era en cierto sentido difícil, porque teníamos que adoptar una actitud comprensiva con los neoconvertidos cuando su espíritu desbordante e incontenible chocaba contra la rigidez petrificada de la costumbre. Por ejemplo, cuando en horas imposibles -las únicas posibles para ellos, las horas posteriores al trabajo- iban a pedir a algún sacerdote que les diera una «hora apostólica» en la iglesia, la respuesta era neta y categórica: «No se puede abrir la iglesia a esta hora». Desde su punto de vista el sacerdote tenía toda la razón, pero nosotros debíamos utilizar un tiempo precioso, porque teníamos que luchar siempre contra el reloj; se trataba de hacer entender al párroco la mentalidad de aquellos jóvenes neoconvertidos y de procurar que el hecho no acrecentara en ellos los prejuicios viscerales que tenían contra el clero.

El espíritu del cursillo no es otra cosa que la sustancia del evangelio llevada a la realidad de muchas vidas; a veces irrumpe en la persona con un ímpetu efervescente que no siempre ha sido fácil embridar, pero que posee toda la fuerza de una generosidad irrumper que impresiona, hoy como entonces, cuando el cursillo no es sofocado a fuerza de normas y procedimientos burocráticos.

Una de las cosas por las que hemos de dar gracias a Dios es la unión del papel del sacerdote y del laico en los tres días del cursillo. En él, si se desarrolla como es debido, el sacerdote se siente más sacerdote y, más que entender, vive aquella feliz expresión de san Agustín: «Con vosotros soy cristiano, para vosotros soy obispo».

Por otra parte el cursillo pone al desnudo y descubre valores humanos en los laicos que, si se les ayuda a ser cristianos en el mundo, en lugar de encaminarlos a resolver los problemas intraeclesiales, harían crecer el prestigio de la Iglesia y la acercarían al mundo.

Es preciso reconocer la confianza que nos dieron algunos sacerdotes dejándonos obrar con libertad. Libertad que exigía explorar y recorrer nuevos caminos con el deseo de descubrir el más adecuado para nosotros,

algún modo, rompiera los esquemas y venciera el hastío de la costumbre con el vigor siempre nuevo de lo que es evangélico.

No es necesario subrayar que todos los «comienzos» originan también problemas. Pasamos por momentos duros; en el movimiento hicimos experiencias que todavía hoy me provocan dolor y hieren mi sentido de justicia.

8. Dios ha suscitado siempre en la Iglesia carismas diversos..

Siempre me ha parecido evidente que Dios no abandona nunca a su Iglesia y que su infinita providencia dispone, a lo largo de la historia, que el amor que tiene al hombre sea manifestado de alguna manera.

El medio que normalmente usa Dios para llegar a la conciencia del hombre y para despertarlo a la increíble pero posible amistad con El, es siempre diverso y cambia incluso de persona a persona.

A veces el vehículo para obtener la atención y la intención de la persona es otra persona, o bien un acontecimiento, una idea, una comunidad, una institución, un comportamiento.

9. ¿Qué es para usted un carisma?

Creo firmemente, y he podido verificarlo, cuanto dice la teología: «Un carisma es un don que Dios da a quien quiere, pero no para el destinatario que lo recibe, sino para que se beneficie toda la comunidad y la Iglesia».

10. Un carisma opera en el interior de la Iglesia.

Sentirse cristiano y no sentirse Iglesia me parece una contradicción; significa ignorar lo que es ser cristiano y lo que es la Iglesia. Pero es una contradicción muy frecuente porque el mensaje de Cristo llega a muchas personas única y exclusivamente a través de algunos preceptos morales rígidos y exigentes. Separados de su razón y verdad, estos preceptos parecen absurdos y la noción de Iglesia aparece así restringida y falseada; para muchos está formada sólo por algunos señores que viven a años luz de la realidad de la vida de cada día y usan un lenguaje que hace muy difícil la comunicación, por no decir el diálogo.

11. ¿Cómo ha vivido y cuál es su relación con la estructura eclesial y con el papa, que tiene el cometido de discernir los carismas?

apoyar y no sofocar las iniciativas y las ideas. A propósito de esto he leído con mucho placer:

«El juicio sobre la autenticidad de un carisma y sobre su razonable ejercicio corresponde a aquellos que tienen la autoridad en la Iglesia, a los cuales compete, ante todo, el deber de no sofocar el Espíritu, sino de examinar todo y quedarse

El Movimiento de los Cursillos es un movimiento de Iglesia, pero no para la Iglesia, sino para el mundo, como la Iglesia misma. Al pertenecer a la Iglesia, tiene necesidad de sacerdotes y de laicos, pero unos y otros, además de mantenerse en diálogo, deben ser fieles y no desligarse del «carisma inicial». Pues bien, desde siempre se ha dado más importancia a las cosas extrañas, sobre todo jurídicas, y a las ideas de aquellos que dan mayormente la impresión de buscar más el protagonismo que el estudio serio y profundo del porqué y para quién.

Creo haber explicado que siempre he querido ser hijo de la Iglesia; pero veo que en la historia se repite a menudo que, cuando alguien rompe esquemas ancestrales, surgen siempre otros que se dedican a perseguirlo o a tratar de desacreditarlo. Creo que es justo que el cometido de discernir corresponda a la jerarquía. A mi entender, las ideas nuevas pueden ser chispas pasajeras o llamas que iluminan el panorama. A veces los innovadores -he debido experimentar personalmente esta afirmación- adoptan una actitud parecida a la asumida por los discípulos de Jesús cuando los samaritanos no quisieron acogerlo. «Señor, que baje el fuego!». He pensado con frecuencia que el Señor tal vez se alegrara de la determinación y vehemencia de la petición de los discípulos, pero nada turbó su actitud serena, y no llovió fuego. Creo que todas las iniciativas e inquietudes que, gracias a Dios, casi rebosan por tantas partes, tienen ciertamente necesidad del criterio de la jerarquía, a fin de que la reflexión y el juicio puedan aplacar los ímpetus y templar los ánimos. Pero me parece extraño que el camino para llegar a esto sea tan complicado.

En cuanto a los cursillos, el diálogo no fue nunca posible, y tampoco fueron acogidos los iniciadores. Debo confesar que a veces mientras hablaba en plural, pero el singular me da mucho fastidio. En la mejor de las hipótesis, la culpa es mía por haber adoptado la solución fácil de callar verdades vividas; pero no lo he hecho para elegir el camino más fácil, sino por haber experimentado en la carne, infinitas veces, que se daba más importancia a la obediencia que a la verdad, y mi interés era que los cursillos siguieran adelante a pesar de todo.

12. ¿Puede decirnos cómo se configura concretamente su carisma?

¿Cómo se expresa en las personas que forman parte de su movimiento?

Ante todo debo decir que este «SU» de la pregunta no me gusta. Creo que todo lo que ha obtenido el movimiento y está obteniendo en el mundo es debido al hecho de que el Espíritu Santo es su autor.

A mi entender, el carisma se ha ido configurando en el tiempo a través de la acogida que se le ha dispensado cada vez; las personas que toman parte, con las debidas disposiciones, en los tres días del cursillo comprenden la sencillez del mensaje y tratan de traducirlo en la vida concreta de cada día. Cuanto han aprendido en el cursillo, a nivel individual, lo consolidan y confirman en la «reunión de grupo» y, a nivel social, asistiendo a la «ultreya».

Ambas cosas están orientadas al cuidado atento de la dinámica de la conversión, mediante la fuerza cohesiva de la amistad, que no sólo hace estar juntas a las personas, sino que hace que se sientan activamente insertas en la vida cotidiana del pequeño grupo, que crea y mantiene, incluso en las pequeñas cosas, una cercanía de corazones, de modo que cada uno pueda expresarse frente a los demás tal cual es.

El vínculo vivo e interesado a estos actos hace más fácil a la persona el empeño de llevar adelante en la vida las tres cosas que se le piden el primer día del cursillo: su sueño, su don y su espíritu de caridad.

Todo esto es vivido después en un clima de gran fraternidad, que se expresa en un lenguaje y en un estilo gozosamente natural y sincero, muy diverso del que generalmente vive la gente devota.

Toda persona que ha vivido la experiencia del cursillo sale de él con la convicción de que Dios la ama en Cristo.

Sabe que ser cristianos, más que ninguna otra cosa, es sentirse amados por Dios y vivir en este estupor, pues el elemento más genuinamente cristiano es dejarse amar por Dios.

La actitud interior generada por esta realidad, cuando es creída verdaderamente y vivida en plenitud, crece y se hace contagiosa. Pero para captarla, para experimentarla,

